

sion. Pero su misma desgracia la conquistó profundas simpatías en Alemania; Oton I partió en 951 para Italia, se casó en Pavia con Adelaïda, y estaba á punto de continuar su marcha hácia Roma, invitado, segun parece, por el mismo Agapito II, que le expuso la triste situacion en que se encontraba la Iglesia, por todas partes oprimida; pero cediendo por un lado á las insinuaciones de Alberico y atendido el estado de los asuntos en Alemania, que reclamaban su presencia, por otro, tuvo que abandonar todo pensamiento de intervenir en los negocios de Italia. Berengario se alzó de nuevo con el poder, siquiera tuviese que prestar juramento de vasallaje al rey de Alemania en la Dieta de Augsburgo; no obstante, el incansable Oton se hallaba entónces empeñado en la guerra con Hungria y en reprimir, además, diferentes sediciones interiores.

El jóven papa Juan XII, que no habia recibido educacion eclesiástica, y se habia criado, como los demás hijos de la nobleza, en medio de los placeres del mundo, no se habituaba sino con gran trabajo al cumplimiento de los deberes de su elevado ministerio; así es que su vida no se diferenciaba de la de los príncipes de la tierra. Poseído de juvenil entusiasmo y dominado en parte por la ambicion, le preocupaba muy particularmente el modo de allegar recursos para poner á la Santa Sede en posesion de sus derechos, ya que su actual poderio no guardaba proporcion con aquéllos. Al efecto emprendió una expedicion contra Benevento y Capua; logró atraer á su partido á Guisulfo de Salerno, que habia acudido en auxilio de los primeros, y se alió tambien con Huberto, margrave de Toscana, y con Teobaldo, duque de Spoleto, á quien quiso destruir Berengario, con el propósito de traspasar este ducado á su segundo hijo. Entretanto, el mismo Berengario habia faltado con harta frecuencia á sus deberes de Principe tributario, por cuya razon el rey de Alemania envió á su hijo Liudolfo con la mision de volverle á la obediencia; pero este Principe murió el 6 de Setiembre de 957 en las cercanías de Novara, hecho que comunicó nuevo aliento á Berengario para continuar la guerra contra el de Spoleto hasta derrotarle. El usurpador no respetó ya los bienes de la Iglesia, y se apoderó de varias posesiones del patrimonio de la Santa Sede.

Juan XII y el rey Oton I.

Viéndose amenazado por Berengario, Juan XII, de acuerdo con los Obispos y magnates de Italia, llamó en su socorro al rey Oton, pidiéndole, por el amor que profesaba á la Iglesia de Dios y en nombre de los Santos Apóstoles, que fundaron la de Roma, que acudiese en persona á Italia á fin de librar á la Santa Sede del yugo de los tiranos, haciéndole

entrever la esperanza de recibir la corona imperial. En la Navidad del 960 llegaron á Ratisbona los embajadores de Juan, con cartas del mismo para el Rey, cuya mision desempeñaron el diácono Juan y el escriba Azzon. Varios Obispos y magnates lombardos, que se habian refugiado en Alemania huyendo de la persecucion de Berengario, apoyaron la peticion del Pontífice, y los Príncipes germánicos resolvieron emprender una expedicion á Roma con el indicado objeto. Antes de ponerse en marcha envió Oton un mensaje al Papa, asegurándole que protegería su persona al mismo tiempo que los derechos y bienes de la Iglesia romana, y que no atentaría á sus atribuciones y prerogativas. En el otoño del año 961 atravesó por segunda vez Oton los llanos de Lombardia; penetró en Pavia y se hizo coronar rey de aquel Estado, en tanto que Berengario, abandonado de sus mismas tropas, tuvo que guarecerse en una fortaleza con todos sus parciales. El Rey despachó al abad Hatto de Fulda, con el encargo de preparar su entrada en Roma, que tuvo lugar en Enero del 962.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 29.

Joh. XII. Vita Mansi, XVIII. 447. Bened. Chron. Pertz, V. 717. Anon. Salern. Murat., Scr. III, I p. 280. Chron. Regin. p. 624. Luitpr. VI. 6 y sig. Murat., Annai d'Italia a. 962. Cenni, II, 36. Luitpr. De Ottonis reb. in urbe gest. Watterich, I. 49 y sig. Giesbrecht, I p. 376 y sig. 450 y sig. 458. Papencordt, p. 177. Remont, II p. 234 y sig.

§ III. LOS OTONES Y LOS PAPAS DE SU TIEMPO.

Coronacion del emperador Oton.

30. El Rey tuvo en Roma un recibimiento brillante, y despues de renovar, mediante juramento, sus anteriores promesas, fué coronado solemnemente por el Papa, juntamente con su esposa Adelaïda, el 2 de Febrero del 962. De esta manera quedó restablecido el Imperio Occidente, 162 años despues de la coronacion de Carlomagno en la misma ciudad eterna, y 38 despues de la muerte del último Emperador carolingio, pasando esa angusta dignidad á los príncipes de Alemania, en cuyas familias se ha conservado de hecho durante muchos siglos, por derecho hereditario. El juramento prestado por Oton fué, á la vez que norma de conducta para sus sucesores, condicion para poder obtener tan elevado cargo.

Hé aquí las promesas que se hacian en dicho juramento: 1.ª El Emperador debia proteger la persona del Romano Pontífice, á fin de que no se le causara daño alguno en su cuerpo, ni en su vida, ni en su honra,

y enaltecer por todos los medios posibles á la Iglesia de Roma. 2.^a Sin anuencia del Pontífice no podría adoptar resolucíon alguna en asuntos concernientes al mismo ó á los romanos. 3.^a Debía restituir á la Santa Sede los bienes que se le habian arrebatado, tan pronto como pudiera recuperarlos. 4.^a Debía exigirsele á aquel á quien entregase las riendas del gobierno lombardo, juramento de auxiliar al Pontífice con todas sus fuerzas para la defensa del patrimonio de la Iglesia. A su vez, el Papa y los romanos prometieron no prestar jamás apoyo á los enemigos de Oton; Berengario y Adalberto, por ejemplo. El Emperador devolvió al Papa varios territorios separados de los Estados de la Iglesia, le hizo suntuosos regalos, y confirmó los donativos ó legados de sus predecesores; hecho sobre el que no cabe la menor duda, áun en el supuesto de que no se quiera admitir la autenticidad del diploma que se conserva relativo á este asunto, con la fecha de 13 de Febrero de 962.

A los donativos anteriores se añadieron ahora los ducados de Spoleto y de Benevento, con la Toscana y la Sicilia, para el caso en que Oton pudiera realizar la conquista de esta isla, aunque reservándose el Emperador el supremo dominio sobre dichos territorios; se garantizó la libertad en la eleccíon de Pontífice, bajo la condicióon ya propuesta por anteriores soberanos de que el elegido se comprometiese ante los embajadores imperiales á gobernar con sujecíon á las leyes y prescripcíones vigentes, sobre lo cual se pusieron de nuevo en vigor las disposiciones contenidas en la Constitucíon de Lotario del año 824. En suma, se establecieron entre ambas potestades relaciones mutuas que les imponían deberes y derechos recíprocos. Entónces otorgó el Pontífice el palio á los arzobispos de Salzburgo y de Tréveris, aprobó la creacion de la provincia eclesiástica ó diócesis de Magdeburgo y adoptó varias medidas análogas en beneficio de la Iglesia.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 30.

Acercá de la coronacíon de Oton leemos lo que sigue: a Joh. P. amabiliter exceptus atque honore imperiali sublimatus est (Flodoard. Ann. Rhem. a. 962). Otto rex consecratione Joh. P. imperator Romae factus est (Ann. Ottenburg. h. a.). Joh. P. (Ottonem) consecratione sua imperatorem fecit (Lambert.). Cf. Luitpr. VI, 6. Regin. Chron. h. a. El texto del juramento de Oton ha llegado á nosotros en tres diferentes fórmulas, las que concuerdan, en cuanto á la esencia. Pertz, Leg. II p. 29. Tal vez fueron presentadas las tres al Pontífice para que eligiese y escogió la que se halla inserta en el Libro de legislacíon canónica (c. 33 d. 63) Cons. Hefele, IV p. 578; también cabe suponer que una se remitió desde Alemania á Roma; otra fué la que emplearon los embajadores de Oton en dicha ciudad, y la tercera es la que juró el mismo Rey (Floss, Die Papstwahl unter den Ottonen p. 16). La segunda se halla reproducida en Deusededit. Coll. can. I. IV c. 161 p. 501 y sig.

Dönniges niega la autenticidad del juramento (en el Anuario de Ranke para el Imperio alemán bajo la dinastía sajona I, 3, exc. 9, a. p. 203 y sig.); por el contrario, la admiten como hecho incontestable Cenni II p. 36 Döllinger, Lehrb. I, p. 427. Gröner, K-G. III, III p. 1243. Höfer, D. P. I p. 35 y sig. Giesebrecht, I, p. 456 (781). Phillips, K-R. III p. 115 y sig. Hefele l. c. Reumont, II p. 240. El diploma del 13 de Febrero de 962 (Baron. a. 962 n. 3. Mansi, XVIII. 451 Pertz, Leg. II Append. p. 164 y sig. Watterich, I. 18-22. Theiner, Cod. diplom. I p. 4, alemán en Höfer, I p. 37 y sig. N.) ha sido objeto de múltiples y largas discusiones. Lebert, Gesch. von Ital. Tom. 40 de la Allg. Weltgesch. § 503 y sig. 477. Cenni II. 13. Hefele, Beitr. I, p. 255; Conc. Gesch. IV, p. 579, N. 1. Otros le consideran como una invencíon completamente apócrifa: Luden, VII p. 111. Giesebrecht II, p. 459, 3.^a ed., etc., mientras que Waitz (Anuario del Imperio alemán, I, III, p. 207 y sig.) y Pertz (p. 163) suponen que el documento en cuestíon ha llegado á nosotros en una forma algo modificada. Acerca del hecho de la confirmacíon aludida en el texto, véase Pertz, l. c. Phillips, III p. 116 N. Gröner, III, III p. 1244. Hefele, IV, p. 605 y sig. 2. N. Sichel, en su obra Das Privilegium Otto's I. für die römische Kirche, Innsbr. 1883, ha expuesto detalladamente la cuestíon relativa al Diploma del Vaticano y demostrado que corresponde al año 962.

Disensiones entre el Emperador y el Papa.

31. Entónces existía el más perfecto acuerdo entre Oton y Juan XII, pero era más bien aparente que real, y el más leve pretexto serviría para turbarle; toda vez que el nuevo Emperador, no tan sólo se hallaba animado de desconfianza hácia los romanos, lo que le hacia adoptar toda clase de precaucíones, sino que estaba demasiado engreído de su poderío y propenso, por consecuencia, á las medidas y procedimíentos arbitrarios. Antes de ceñir la corona imperial habia dado señales evidentes de querer gobernar también en la Iglesia, de tal manera, que su mismo hijo Guillermo, elevado á la Silla arzobispal de Maguncia en 954, tuvo que defender, no pocas veces, los intereses eclesiásticos contra las pretencíones de su padre. En cuanto se vió en posesíon de la corona imperial, cambió de política con el Pontífice; pretendió ejercer derechos de soberano en los Estados de la Iglesia, no dejando al Papa más privilegios ni más derechos que los reservados á todo el que gozaba de inmunidad en el Imperio. Así vemos que Oton pretendió ejercer en toda su amplitud y en su mayor extensíon el derecho de soberanía sobre el patrimonio de la Santa Sede, alegando que así lo habian hecho Carlomagno y sus sucesores, por lo que se miraba también como soberano del mismo Pontífice.

Como consecuencia de este egoísta proceder, Juan XII, aunque ni por su educacíon, ni por sus aptitudes, ni por sus tendencias reunía las condicióones que deben adornar al Jefe Supremo de la Iglesia y representante de sus intereses, al verse perjudicado en sus más caros derechos, y

observar que se desconocía abiertamente su autoridad, tanto en el orden civil como en el eclesiástico, comprendió que se había entregado en manos de un tutor ambicioso y dominante.

Apénas hubo partido Oton para la Italia superior con ánimo de presentar batalla á Berengario, que se había hecho fuerte en San Leon, del condado de Montefeltro, instigado sin duda por el partido aristócrata que apoyó en otro tiempo á su padre, entabló negociaciones con el mismo Berengario, llamó á Roma á su hijo Adalberto, y dejó sin efecto no pocas disposiciones adoptadas por el Emperador. No tardó éste en tener noticia de las comenzadas negociaciones, y al mismo tiempo llegaron á sus oídos quejas de muchos romanos que se lamentaban del indigno proceder del Pontífice. A su vez éste despachó al Emperador una comisión dirigida por el protoscriniario Leon, quejándose de que manipulaba los bienes de la Iglesia como si fueran propiedad suya, de que recibía en los Estados eclesiásticos homenajes de soberano, y acogía, además, bajo su protección á los enemigos de la Santa Sede. A estos y otros cargos contestó el Emperador, que aún no había podido devolver al Pontífice los Estados que tenía en su poder Berengario, y que nunca había dispensado protección á los enemigos del Papa. Por el momento retuvo prisioneros á sus enviados, despachándole una embajada de la que formaba parte el obispo Luitprando, que era completamente adicto á la persona del Emperador, con el encargo de anunciarle que estaba pronto á demostrar su inocencia por medio de juramento y apelando á singular combate. El Pontífice no podía aceptar semejante proposición, recibió con muestras de disgusto á los embajadores y envió un segundo mensaje al Emperador, cuyos hechos sirvieron de pretexto á Luitprando, principal promotor de esta desavenencia, para vituperar en público la conducta del Papa. No bien tuvo Oton noticia de la entrada de Adalberto en Roma, Julio de 963, atendiendo á la invitación que le habían dirigido algunos romanos, resolvió trasladarse á dicha capital, á cuyas puertas llegó en Octubre del mismo 963. La ciudad se dividió en dos bandos; el imperial se apoderó de la Iglesia de San Pablo, mientras que el partido pontificio se hizo fuerte en el barrio de San Leon. En un principio pensó Juan XII rechazar el ataque con la fuerza; pero temiendo ser derrotado huyó con Adalberto á la Campaña, dejando á Oton libre la entrada en la población, de la que se apoderó totalmente y sin resistencia alguna el 3 de Noviembre de 963.

Pseudo-sinodo de Oton y el antipapa Leon VIII.

32. Sin atender á otra razón más que á la fuerza bruta, y contravieniendo abiertamente el derecho canónico, obligó Oton á los romanos á

prometerle bajo juramento no elegir nunca ni consagrar un Papa sin obtener ántes la vñia del Emperador, haciéndose extensiva esta promesa á su hijo Oton. Pero no contento con esto, resolvió destituir al Pontífice reinante bajo el frívolo pretexto de que había faltado á sus compromisos, pero en realidad, guiado tan sólo por la enemistad que le profesaba y por la oposicion que hacia Juan á sus planes. Con tal propósito, mandó convocar el 6 de Noviembre en la iglesia de San Pedro un Sínodo, compuesto de los Prelados italianos y alemanes que le acompañaban, de los Cardenales que se hallaban á la sazón en Roma y de los representantes del pueblo romano. Habiendo ocupado él mismo la presidencia de la Asamblea, ésta intimó al Pontífice la orden de comparecer y defenderse de las acusaciones que contra él se formulaban; y como no se presentase, ántes muy al contrario, amenazase con la excomunion á todos los que tomaban parte en un Sínodo celebrado sin su consentimiento, en su propia iglesia, le declaró destituido, fundando tal sentencia en acusaciones estrambóticas y exageradas. El conciliábulo propuso que se procediese inmediatamente á la eleccion de nuevo Papa, lo que mereció desde luego la aprobacion del Emperador. Recayó aquélla en el protoscriniario Leon, que aún no había recibido órdenes sagradas, con lo que se cometió una nueva infraccion de los cánones, tanto más escandalosa, cuanto que se le administraron sin observar los intervalos marcados por la Iglesia, de cuya falta debe culparse principalmente á los obispos Sico, Benedicto y Gregorio, que figuran como administrantes. Pero Leon era dócil instrumento del Emperador y del partido antijuanista, que se propuso vengar en el hijo los agravios que suponía haber recibido de Alberico. Por lo demás, no cabe dudar siquiera del carácter ilegítimo de Leon, cuya eleccion, según acabamos de ver, es anticanónica, cualidades que afectan igualmente al pseudo-concilio que le elevó al pontificado. Más tarde se dejaron sentir las perniciosas consecuencias de este proceder contrario al derecho eclesiástico.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 31 Y 32.

Giesebrecht, II, p. 442. 458 y sig. Héfele, p. 581 y sig. El *Libellus de imperatoria potestate in arbe Roma* (Pertz, III, 719 y sig. Watterich, I, 626 y sig. Cons. Gregorovius, III, p. 543. Wattenbach, p. 213), redactado en latin bárbaro, contribuyó indudablemente á fomentar la creencia en la supremacía de la autoridad imperial. Los historiadores más rectos y juiciosos admiten siempre con reservas los datos que provienen de Luitprando, hombre altanero y vengativo (Pertz, III, 341 y sig.); adúlador de todos los que ejercían el poder, que, siguiendo la costumbre de los bizantinos, á quienes sin embargo aborrecía, llama á Oton I *Sanctus imperator*, y que ha desfigurado unos hechos, exagerado otros ó inventado no pocos. Véase Damberger, V, p. 2 y sig. Héfele, *Beiträge*, I, p. 256 y sig. Gröser,

Gregor. VII. Tom. V, p. 280 y sig. Mansi, XVIII. 466 y sig. Watterich, I, p. 53 y sig. Héfele IV, p. 612 y sig. 2.ª ed. Contra el conciliábulo en cuestion se expresan Baron. a. 963 n. 31 y sig. P. de Marca, De Conc. I. 11. Natal. Alex. Saec. X. diss. XVI., Muratori, Mansi, Kerz, Döllinger (Lehrb. I. p. 427 y sig.), Floss (l. c. p. 7 y sig.); en favor del mismo tan sólo Lainojus L. IV. ep. I. Acerca de la destitucion de Juan XII, véase Otto Fris. de gest. Frid. VI. 23: Quae omnia, utrum licite an secus acta sint, praesentis non est operis.

El Sinodo de Juan XII y su muerte.

33. Oton permaneció aún algun tiempo en Roma despues de la exaltacion del antipapa Leon; pero licenció una parte de sus tropas. Entretanto el partido contrario, aliado con sus correligionarios de otros puntos, produjo un levantamiento, que fué sofocado por Oton el 3 de Enero del 964, viéndose obligados los vencidos á entregar al Emperador cien rehenes, que recibieron libertad ocho dias despues, por tener que salir á campaña Oton contra Adalberto, que se habia hecho fuerte en Camerino y Spoleto. Apénas se ausentó de la capital ocurrió un nuevo levantamiento, que obligó al antipapa á refugiarse al lado del Emperador, al mismo tiempo que franqueaba las puertas á Juan. Este, despues de imponer severos castigos á varios de sus enemigos, reunió el 26 de Febrero de 964, en San Pedro, un Sinodo que anuló todas las decisiones del conciliábulo de Oton, y condenó al antipapa juntamente con los que habian recibido de él órdenes sagradas. El obispo Sico de Ostia fué destituido; otros, por el contrario, como los de Albano y Porto, fueron indultados más tarde. Aunque las medidas que se adoptaron contra el intruso Leon fueron excesivamente severas, se procedió en todo con más orden y legalidad que en el Sinodo de Oton. El 14 de Mayo del mismo año 964 murió de apoplejia Juan XII; acerca del cual puede decirse que la Providencia protegió su derecho al devolverle su Silla; pero castigó al mismo tiempo su proceder innoce enviándole una muerte repentina.

Por lo demás, apénas merecen crédito algunas de las muchas acusaciones acumuladas contra él, principalmente por Luitprando. Los romanos se opusieron á reconocer los pretendidos derechos del antipapa Leon, cuya eleccion era á todas luces anticanónica, y no se mostraron tampoco dispuestos á observar el juramento exigido por fuerza á una parte de los electores, que desde luégo quedó abolido por la marcha natural de los acontecimientos.

Benedicto V.

Los sufragios recayeron en el anciano Benedicto, llamado «el Gramático,» Cardenal diácono, de costumbres intachables. En el momento de

su eleccion juraron, además, los romanos que nunca le abandonarían, y que le defenderían contra la tiranía del despótico Emperador, que aspiraba á despojar de su libertad, tanto á ellos como á la Iglesia.

34. Oton rehusó, en efecto, reconocer al nuevo Pontífice, y sin escuchar argumentos ni razones, apeló á la violencia. Puso cerco á Roma, que se defendió valerosamente, hasta que, obligados por el hambre, se vieron precisados sus defensores á entregarse el 23 de Junio del año citado 964. Inmediatamente convocaron Oton y su antipapa un Sinodo en Letran, ante el cual tuvo que comparecer Benedicto V, que no sólo se sometió humildemente á la voluntad de sus perseguidores, sino que sufrió con resignacion toda clase de malos tratamientos, hasta que, por último, salió desterrado á Hamburgo. Leon VIII hubo de otorgar al Emperador exorbitantes privilegios; pero le sorprendió la muerte poco despues de la salida de Oton, en Marzo del 965. Los romanos pidieron entónces la reposicion de Benedicto V, pero les fué denegada tan justa pretension, y al poco tiempo murió el legitimo Pontífice en olor de santidad, siendo sepultado en la iglesia de Santa Maria de la mencionada ciudad de Hamburgo, donde permaneció hasta que los nietos de Oton, como para reparar las injusticias que cometió con él su abuelo, trasladaron en 999 sus huesos á Roma, donde les dieron honrosa sepultura.

Juan XIII.

El Emperador despachó á Roma á los obispos Luitprando de Cremona y Otgar de Espira, con el encargo de hacer conocer allí su voluntad respecto de la eleccion de sucesor, la cual recayó en Juan, obispo de Narni, que ciñó la tiara el 1.º de Octubre del mismo año de 965, bajo el nombre de Juan XIII. El 15 de Diciembre se promovió una conjuracion contra el nuevo Pontífice, capitaneada por el conde Roffredo, por Pedro, prefecto de la ciudad y por Estéban, que ejercía el cargo de Vestiario, cuyo principal objeto era entorpecer y evitar las reformas que habia iniciado con el fin de tener á raya á la nobleza y domeñar su excesivo orgullo. Los rebeldes se apoderaron de Juan XIII, que se habia hecho fuerte en el castillo del Santo Angel, y le trasladaron á una fortaleza de la Campaña, donde estuvo preso más de diez meses.

Pero inmediatamente se levantó el partido adicto al Pontífice, capitaneado por Juan, hijo de Crescencio el Joven, cuyos parciales cobraron nuevo aliento al saber que se acercaba el Emperador. Entretanto fué asesinado el conde Goffredo, y el Pontífice pudo regresar á Roma. En Diciembre del año siguiente 966, llegó Oton á dicha capital, impuso

duros castigos a los rebeldes; asistió en Enero del 967 á un Sinodo que se reunió en la Iglesia de San Pedro, y en Abril á otro convocado en Ravena, y devolvió al Papa varios territorios pertenecientes á los Estados de la Iglesia, en recompensa de cuyos eminentes servicios le hizo el Pontífice la promesa de coronar Emperador á su hijo Oton II, hecho que tuvo lugar en Roma el 25 de Diciembre del 967. Juan XIII confirmó la creación de varios obispos sájonos hecha por Oton; elevó en 969 á arzobispado la Silla de Benevento, el 14 de Abril del 972, coronó Emperatriz á la princesa griega Teofano, esposa del heredero del Imperio, y durante su pontificado procuró mantener en toda su integridad y pureza la disciplina eclesiástica.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 33 Y 34.

Baron. a. 964 n. 6. Mansi, XVIII. 471 y sig. Héfele, p. 616 y sig. Giesebrecht, I. p. 465-470. Los historiadores Bower, Gesch. der Päpste, VI, p. 907, Gröner, p. 1257 y Guericke, II, p. 54 N. 7, que no hace más que adherirse á la opinion de los dos anteriores, suponen que Juan XII estuvo casado, sin tener otra razon en que fundarse que la leyenda inventada por Luitprando (p. 346 ed. Pertz) en la que aparece el demonio dando al Papa un golpe en las sienes por haber faltado á sus compromisos matrimoniales. A la misma opinion se adhiere Ritter, I p. 425, 6.ª ed.—Chronie. Reginon. (Pertz, I. 614 y sig.; VI. 629) empezada el año 960, pero que parte desde el 907, y continuada hasta el 967. Vitae Papar. ap. Murat. Ser. III, p. 327 y sig. Luitpr. ap. Watterich, I. 61 y sig. Baron. a. 964 n. 16 y sig. Mansi, XVIII. 477. Héfele, p. 619. Atribúyese á Leon VIII el privilegium de investituris (c. 23 d. 63, Goldast, Const. imper. I. 221. Baron. h. a. n. 22. Pertz, Leg. II App. p. 167), cuya autenticidad defienden Goldast, Waleh, Gröner (K.-G. p. 1225) y en parte Richter (K.-R. § 26 N. 2), en tanto que Baronio, Pagi, Muratori, Dönniges (Banke's Jahrb. des deutsch. Reichs I, III p. 102), Kunstmann (Tüb. Qu. Schr. 1838, II p. 351 y sig.), Höfer, I. p. 48 N. 74, Phillips, K.-R. III p. 118; V p. 787, le consideran como una interpolacion de origen posterior. Aparte de esto, es preciso tener en cuenta que la Bula no tiene valor alguno legal, por ser obra de un antipapa. Bianchi, t. II. L. V. § 6 n. 5 y sig. p. 226 y sig. Berardi, Gratiani canones genuini II, II p. 307. Comm. I. p. 96. Devoti, Jus eocl. univ. L. I. tit. 6 § 39 n. 4; t. II p. 107. El profesor Floss publicó en 1858 (op. cit.) un texto del diploma algo más extenso que el conocido hasta entónces y con notables diferencias (Watterich, I. 675 y sig.), suponiendo que era el original auténtico, del que ántes sólo se había publicado un extracto. Pero otros autores sostienen que dicho texto era el borrador del diploma, redactado en la Cancillería de Oton, y que no obtuvo nunca la aprobacion del Pontífice (Hist. pol. Bl. 1858, to. 42, cuad. II. Héfele, IV, p. 592-596, 6 620-626, 2.ª ed.; Beitr. I. p. 268-273). Algunos pretenden que la Bula se publicó en el periodo de los Staufen, de 1174-1180 (Hist. pol. Bl. 1860, To. 46, p. 139); y Waitz supone que es un documento redactado en la Cancillería imperial durante la polémica de la investidura. (Sybel's Histor. Zeitschr. 1850, cuad. 1); y en realidad, por su contenido cuadra mejor á este periodo que á ningún otro. Aun es más fácil descubrir el sello de la interpolacion en el documento Cessio donationum, que tambien se atribuye á Leon VIII (Pertz,

L. c. p. 168 y sig. Watterich, I. 679 y sig. Véase Phillips, I. c.)—Joh. XIII Murat. Ser. III, II. 330 y sig. Contin. Regin. p. 627 y sig. Chron. S. Bened. Watt. I. 44. 64. 685 y sig. Héfele, p. 597 y sig. (p. 627 y sig. 2.ª ed.). Papencordt, p. 180 y sig. Reumont, II p. 290 y sig. Giesebrecht, I. p. 493 y sig.

Benedicto VI. Oton II. Benedicto VII.

35. A Juan XIII, que murió el 6 de Setiembre de 972, sucedió Benedicto VI, elegido en presencia de los embajadores imperiales, lo que no fué obstáculo para que muy luégo se viese amenazado por los partidos contrarios. El 7 de Mayo de 973 murió á la edad de 61 años Oton I, que á pesar de sus tendencias despóticas mereció, por sus brillantes hechos, el dictado de Grande; su hijo Oton II, aunque educado en buena escuela, diestro en el arte de la guerra y de probado valor, sólo contaba 18 años. Con la muerte de Oton I se desvaneció el último resto de respeto que tenían los romanos á la autoridad imperial. Los magnates de Roma, que poseían cuantiosos bienes en los alrededores de la capital, muy particularmente el conde Crescencio, señor de Nomentana y jefe del partido nacional, enemigo, por tanto, de los alemanes, se unieron con el ambicioso cardenal diacono Bonifacio Franco para derribar al Pontífice, á quien tuvieron prisionero en el castillo del Santo Angel. El indigno Cardenal fué elevado al solio pontificio bajo el nombre de Bonifacio VII; pero muy luégo se levantó contra él el partido opuesto, que le obligó á salir de Roma en Agosto de 974, dirigiéndose á Constantinopla, despues de sustraer una gran parte de los tesoros del Vaticano. Por este tiempo habian asesinado ya sus parciales á Benedicto VI.

Oton II quiso hacer recaer la eleccion en el piadoso Mayolo, abad de Cluny, quien rehusó tenazmente la tiara. Restablecida de nuevo la tranquilidad en Roma, fué elegido Pontífice Benedicto VII, antes obispo de Sutri, de la familia del conde de Tusculum, conocida por su adhesion á la casa imperial, cuya exaltacion tuvo lugar en los últimos dias del 974 ó primeros del 975. Este digno Pontífice lanzó la censura contra el sacrilego Bonifacio Franco, impuso castigos á todos los demás espoliadores de la Iglesia, protegió á los pobres, restauró el convento de la Santa Cruz de Jerusalem, poblándole con monjes procedentes de Cluny, y recibió bajo su proteccion á Sergio, arzobispo de Damasco, expulsado de su Silla por los sarracenos, encargándole la dirección de la iglesia de San Bonifacio, juntamente con Alejo, que fundó allí mismo una excelente escuela de ilustres y santos varones.

Benedicto VII celebró varios Sinodos, en los que condenó la simonia y apaciguó diferentes disputas. El año 981 tuvo en Ravena una entrevista con Oton II, quien, á su vez, le devolvió la visita en Roma, en la

Pascua inmediata, emprendiendo desde aquí su expedición contra los sarracenos de la Baja Italia. No obstante la derrota que sufrió en la Calabria, el 13 de Julio del 982, no se desalentó el joven príncipe; antes por el contrario, en la Dieta que convocó en Verona, mandó hacer los preparativos para una nueva campaña; pero las excesivas fatigas y continuas penalidades habían minado sus fuerzas, en términos que murió en Roma el 7 de Diciembre de 983, cuando apenas contaba veintiocho años.

Juan XIV y Juan XV.

36. La Santa Sede perdió en Oton II uno de sus más celosos defensores. Después de Benedicto VII ocupó el solio pontificio Pedro, obispo de Pavia, que había sido antes canciller del Imperio, y tomó el nombre de Juan XIV. Había regresado entretanto de Constantinopla Bonifacio Franco, quien encerró al Papa en el castillo del Santo Angel, donde murió de hambre. Sin embargo, el usurpador sólo ocupó algunos meses la Silla pontificia, y el pueblo amotinado vengó en su cadáver las crueldades que cometió en vida. Juan XV, de origen romano, que rige la Iglesia de 985 á 996, fué despojado de toda su autoridad por los ambiciosos patricios y por el cónsul Crescencio, el cual no permitía que visitaran al Papa más personas que las de su devoción ó aquellas que compraban su favor con regalos. La emperatriz Teófano, deseando asegurar la corona imperial á su hijo Oton III, de menor edad, hizo un viaje á Roma, en la Navidad del año 989, pero no fué capaz de restablecer el orden en la ciudad. Juan XV huyó en una ocasión á Tuscani; no obstante Crescencio, temiendo que la ausencia del Papa quebrantase su autoridad, trató de reconciliarse con él, y por mediación de sus parientes, le decidió á regresar á la capital, donde tuvo un solemne recibimiento. Sin embargo, el Pontífice quedó como antes sometido á la tiránica autoridad de los patricios. Durante el reinado de Juan XV se suscitó una disputa acerca de la Silla arzobispal de Reims, que tomó considerables proporciones y adquirió gran resonancia.

Gerberto.

37. A Luis V, último de los carlovingios, que murió el 22 de Junio del 987, sucedió en el trono de Francia Hugo Capeto, duque de París, contra el cual se levantó Carlos, duque de la Baja Lorena. El rey Hugo designó en 988 para la Silla de Reims á Arnolfo, sobrino del mismo Carlos, no sin exigirle juramento de fidelidad á su persona. Pero antes de transcurrir el año, la traición de un sacerdote entregó la ciudad en

poder de Duque, cuyos parciales sacaron de ella al Arzobispo en calidad de prisionero, y no pocas iglesias fueron entregadas al saqueo. A pesar de que el Arzobispo lanzó la excomunión contra los autores de tan sacrilegos atentados, el rey Hugo le tuvo por verdadero autor de la traición, considerando su prisión y todo su proceder como una comedia preparada por su tío y convenida entre ambos; por cuya razón se dirigió personalmente y por medio de sus obispos al Romano Pontífice, pidiéndole en varias cartas la destitución del criminal prelado. Pero antes que Juan XV dictara sentencia en el asunto del Arzobispo, á quien no se podía condenar sin oír previamente sus descargos, cayó en poder de Hugo la ciudad de Laon con el Duque y el arzobispo Arnolfo, el 2 de Abril de 991. En el inmediato Junio reunió el monarca un Sínodo en Reims, bajo la presidencia de Siguno, arzobispo de Sens, el cual pronunció sentencia de destitución contra el Arzobispo, nombrando en su lugar al sabio abad Gerberto, oriundo de la comarca auvernesa de Aurillac, y á la sazón profesor de la escuela capitular de Reims, á quien Adalbero, predecesor de Arnolfo, había designado ya para ocupar esta Silla.

Entretanto se habían encargado de la defensa del prelado destituido los abades Ronolfo de Sens y Abbo de Fleury, juntamente con el escolástico Juan de Auxerre, afirmando que la cuestión era de la exclusiva competencia del Pontífice. Oponiéndose á esta teoría el obispo Arnolfo de Orleans dirigió violentísimos ataques contra la Sede romana, tomando por principal blanco á Octaviano y á Bonifacio Franco, llegando, en el calor de la disputa, á sostener la errónea afirmación de que, á consecuencia de los vicios y crímenes de sus representantes, había perdido el derecho de la supremacía en la Iglesia. Desde luego se suscitaron dudas acerca de la validez de las decisiones del mencionado Sínodo, cuyas actas remitió el Rey á Roma por mediación del arcobispo de Reims. No solamente se negó dicha validez en la capital del mundo cristiano; también los Obispos alemanes, con Willigis, prelado de Maguncia, á la cabeza, pidieron unánimemente que se rechazasen sus decisiones. Hugo convocó un nuevo Sínodo en Chela, bajo la presidencia de su hijo, en el que se adoptó la resolución de mantener los decretos del de Reims, aunque fuese preciso oponerse al Pontífice Romano. De esta manera, la dependencia en que vivían los Obispos con respecto al poder real, los trastornos políticos, el espíritu opositor de los autores del movimiento y la habilidad de Gerberto arrastraron á una gran parte del episcopado francés á tomar una actitud que amenazó destruir en sus cimientos el orden jerárquico de la Iglesia.

38. Juan XV, que hasta entonces había guardado silencio, teniendo

principalmente en cuenta la dudosa legitimidad de la exaltación de Hugo Capeto, invitó á los obispos franceses á celebrar en Aquisgran un Concilio que gozase de libertad completa; y habiéndose negado á ello, designó como punto de reunion á Roma, adonde tampoco concurrieron, pretextando que no lo consentían las azarosas circunstancias por que atravesaban Francia é Italia. El Rey escribió al Papa pidiéndole que acogiese con reserva los rumores inciertos que corrían acerca de sus propósitos, asegurándole que no tenía intención de atentar á los derechos pontificios é invitándole á celebrar con él una entrevista en la frontera franco-italiana, donde sería recibido con los honores que le correspondían. El Papa no accedió á esta proposición, pero envió como legados á Leon, Abad de San Bonifacio, y á Alejo para que, en union con los obispos alemanes y franceses arreglasen la cuestion de una manera satisfactoria. Uno y otro se hallaban adornados de tales condiciones de virtud y sabiduría, que por sí solos refutaban las invectivas del obispo de Orleans contra la supuesta decadencia de las costumbres y de la ciencia en Roma. Recibieron los prelados alemanes con muestras de veneración y cariño, y escribieron á seguida al rey Hugo y á su hijo, participe en el gobierno, que señalase lugar y tiempo para celebrar el Sinodo. Eligióse al efecto Mouson, villa de la provincia de Reims, situada en la frontera franco-alemana. Pero de los obispos franceses sólo concurrió Gerberto, resuelto á defender su causa, viéndose los demás imposibilitados para verificarlo, efecto de los obstáculos que les opusieron los citados principes, so pretexto de que Francia no debía someterse á los deseos del rey germánico Oton III.

Abierto el Sinodo el 2 de Junio del año 995, trató Gerberto de justificarse en un brillante discurso, que hizo tan poca mella en sus oyentes como todos sus anteriores esfuerzos lo habian hecho en el ánimo del Pontífice, viéndose obligado á someterse al decreto de suspension hasta un nuevo Sinodo, que debía celebrarse en Reims el 1.º de Julio, juntamente con todos los que tomaron parte en el de 991. El legado pontificio Leon, combatió en un escrito dirigido á los reyes franceses, las doctrinas expuestas por el obispo de Orleans, y desaprobó la condenación de Arnolfo, principalmente por haberse fundado en la declaración de un solo acusador. El prestigio del legado venció por fin toda resistencia en el Sinodo del 1.º de Julio de 995, declarándose ilegales, tanto la deposición de Arnolfo, como la exaltación de Gerberto. Pero el rey de Francia retuvo aún prisionero al Obispo destituido, por cuya razón la Santa Sede no pudo alcanzar su reposición efectiva hasta el año siguiente al de la muerte de Hugo, ocurrida el 23 de Octubre del 996. Gerberto, profundamente ofendido por la sentencia de destitucion, se trasladó á Mag-

deburgo, actual residencia del rey Oton III. Léjos estaba entónces este prelado de sospechar siquiera que algun dia ocuparía la Silla primada del orbe cristiano, desde la cual confirmaría á Arnolfo en el ejercicio de todos los derechos de su iglesia, reconociendo así implícitamente que él la habia ocupado con evidente infraccion de los cánones.

OBRA DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 35 Á 38.

Algunos cronistas posteriores colocan despues de Benedicto VI á Domno II (Watt. I. p. 65. 686), hecho originado de la errónea interpretación dada á la expresión Dominus, por Dominus, papa. Giesebrecht, en el Anuario del Imperio alemán de Ranke, reinado de Oton II, Berlin, 1840, I. I. p. 141. Jaffé, Reg. p. 331. Héfele, IV. p. 63 ó 633 de 2.ª ed. Watter. I. p. 66 not. 5. Papencordt, p. 181 n. 4, pretende probar la existencia de este Domno ó Dono II, fundándose en un M. S. palat. de gest. pontif. p. 154, citado por Curtius, p. 284 not. a. Acerca de Oton II véase Giesebrecht, II. p. 569 y sig. Sobre Bonifacio VII. Watter. I. p. 66. 686 y sig. Höfler, I. p. 69. Héfele, IV. p. 603. Ferrucci, Investigazioni storico-critiche sulla persona e il pontificato di Bonif. VII ed. II. Lugo 1836. Sobre Benedicto VII, véase Watter. I. p. 66. 686. Höfler, I. p. 56. Papencordt, p. 182. Reumont, II. p. 292 y sig. Héfele, p. 603. Entre Juan XIV (Watter. I. p. 66. 687) y Juan XV, el primero de los cuales reina del 983-984, colocan algunos escritores otro Juan, hijo de Roberto, que hubo de gobernar la Iglesia durante cuatro meses, por cuya razon dan á Juan XV el calificativo de XVI. Pero en tanto que algunos opinan que no llegó á recibir la consagracion, otros le presentan sólo como candidato del partido de Franco, que no llegó á ser siquiera elegido. Pag. a. 985 cum annot. Georgii t. XVI, 278. Papencordt, p. 183. Pero los más acreditados testimonios nos autorizan plenamente para borrarle de la lista de los Papas. Wilmans en Ranke's Jahrb. des deutschen Reichs, II, II p. 212. Gröner, p. 1415. Héfele, IV. p. 605 ó 635. Acerca de Juan XV, Vita ap. Murat. III, II p. 334 y sig. Romuald. Salern. p. 165, ed. Murat. Watter. I. 66 y sig. Reumont, II. p. 296-298. Sobre la princesa Teofano, muerta el 15 de Junio de 991, véase Höfler, I. p. 65-72. Giesebrecht, I. p. 553 y sigs. Mansi. XIX. 94 y sig. 103 y sig. 170. 193. Pertz. Ser. III. 604 y sig. 653 y sig. 686 y sig. Höfler, I. p. 71-88. Héfele, IV. p. 605-617 (p. 635-648. 2.ª ed.). Reumont, II. p. 298 y sig.

Oton III y Gregorio V.—Filagato y Crescencio.

39. Entretanto crecia en edad y saber el príncipe Oton, bajo la prudente direccion de Teofano, princesa griega de claro talento y gran corazon, y de su abuela Adelaida, cuando murió aquélla en 991, siendo su preceptor el sabio Gerberto, que aventajaba á todos sus contemporáneos en conocimientos científicos y literarios. El jóven monarca, que contaba con el valioso y desinteresado apoyo del episcopo alemán, maduraba al mismo tiempo interesantes y gigantescos planes, de suerte que le llegó en tiempo oportuno la peticion de Juan XV y de los italianos, invitándole á restablecer el orden en su pais y á aceptar la corona imperial. En 996 celebró en Pavia la solemnidad de la Pascua, y poco

después recibió la noticia de la muerte del Pontífice. Seguro ya de los derechos que le asistían para ceñir la corona imperial, recibió luego una embajada de los romanos, que le pedían designase un hombre verdaderamente digno de ocupar la Silla de San Pedro. Recomendó entonces á su primo y capellan de la corte Bruno, hijo de Oton, duque de Carniola, y nieto de Luitgarda, que lo era de Oton I. Aunque sólo contaba á la sazón veinticuatro años, fué elegido para ocupar el trono del Príncipe de los Apóstoles, con el nombre de Gregorio V, y fué el primer alemán que gobernó la Iglesia, del 996 á 999.

Huiste por su nacimiento, pero más aún por la nobleza y magnanimidad de su espíritu; elevado á la Silla apostólica por obra de la reacción cristiana, que se manifestaba con vigoroso impulso al finar el décimo siglo, mostró un criterio ajustado á las ideas más rectas de moralidad y de justicia, desde su exaltación, que tuvo lugar el 3 de Mayo del año indicado. Después de ceñir con la corona imperial las sienes de su primo, que era ya mucho tiempo antes rey de Alemania, se consagró con infatigable celo á restablecer el orden y la justicia, para lo cual reunió varios Sinodos, y usó de gran benignidad con los enemigos de la Santa Sede, en particular con el cónsul Crescencio, á quien Oton quiso conducir prisionero á Alemania, consintiendo en dejarle en su puesto, aunque con limitados poderes, mediante la intercesión del Papa. Pero el indigno Crescencio pagó con ingratitud proceder tan generoso; pues apenas se alejó de Roma Oton III, cuando se alzó aquél contra el Pontífice y le obligó á huir de la capital, año 997.

El ambicioso Juan Filagato, de origen griego, natural de Calabria, elevado á la Silla episcopal de Piacenza, mediante la intercesión y favor de la emperatriz Teofano, cuya diócesis tuvo que erigir Juan XV en arzobispado, y que después desempeñó en Constantinopla el cargo de embajador de Oton III, se alió con Crescencio para escalar el trono pontificio, como lo hizo, con el nombre de Juan XVI, en cuyo acto mostró tanta ingratitud para con los monarcas de Alemania, que le habían encombrado, como osadia para poner en inminente riesgo la libertad y el orden de la Iglesia. En vano le amonestó San Nilo de Rossano, fundador de varios monasterios en la Baja Italia, haciéndole ver las tristes consecuencias de su ambición. Gregorio V, á su vez, reclamó el auxilio de su imperial primo; convocó en Pavia un Sinodo que lanzó la excomunión contra Crescencio, y devolvió la ciudad de Piacenza al metropolitano de Ravenna, después de suprimir aquel arzobispado. Poco después, Enero de 998, aparece Oton III en Italia al frente de un ejército, y se presenta con el Pontífice al pié de los muros de Roma. Detenido el antipapa en el momento en que se disponía á emprender la fuga, fué

insultado y mutilado por los soldados y el pueblo, según costumbre practicada por los de su nación en casos análogos. San Nilo se apresuró á pedir la entrega del preso, trasladándose á Roma desde Gaeta, con objeto de llevarsele á su convento y moverle á hacer penitencia; y ya se disponían el Papa y el Emperador á acceder á su petición, cuando les hizo desistir de su propósito, por un lado la actitud provocativa de los calabreses, por otro, el peligro que podría acarrear á Roma y á Italia en general su inteligencia con los griegos, que aspiraban á establecer allí su dominio; razon por la cual se le retuvo en la prisión, donde acabó sus días. Crescencio, que se había hecho fuerte en el castillo del Santo Angel, tuvo que rendirse, y fué ajusticiado, por doble rebeldía, con doce de sus cómplices, el 29 de Abril de 998, siendo su fin el principio de un periodo de tranquilidad en Roma.

Actividad de Gregorio V.

40. Francia, que estuvo á punto de negar el Primado del obispo de Roma bajo el Pontificado de su predecesor, dió ahora brillantes testimonios de adhesión á Gregorio V. Este publicó un edicto proclamando á Arnolfo legítimo arzobispo de Reims, y declarando intruso á Gerberto, no obstante la amistad particular que él y el Emperador profesaban al sabio francés; consagró obispo de Cambrai á Herluino; tomó bajo su particular protección los bienes de esta Iglesia; obtuvo del rey Roberto la libertad de Arnolfo, y sometió al supremo tribunal de la Iglesia á los Obispos franceses que habían perseguido á este prelado. En el Sinodo que reunió en Pavia, en la Pascua de Pentecostés del año 997, pronunció sentencia de suspensión contra los que no comparecieron ó que se hicieron representar por seglares; y en el mismo intimó al rey Roberto á que diese satisfacción de su matrimonio, celebrado sin dispensa, con Berta, su próxima pariente, y viuda del conde Odon, sobre lo cual exigió también explicaciones á los Obispos que habían aprobado tal enlace. Al año siguiente renovó la intimación dirigida al Rey y á su esposa Berta, imponiéndoles una penitencia de siete años; suspendió luego en sus funciones á varios Obispos franceses que habían faltado á sus deberes, y destituyó al de Puy, que ocupaba esta Silla por designación de su propio tío, como antes lo había hecho con el de Auch, en cuya elección no se habían observado las prescripciones canónicas.

Gregorio mantuvo relaciones de amistad con los hombres más distinguidos de su tiempo, como son: Willigis, arzobispo de Maguncia y vicario apostólico de Alemania; el sabio Gerberto, nombrado arzobispo de Ravenna, después de la renuncia de Juan, el 28 de Abril de 998, en

cuyo cargo desplegó incansable celo apostólico, celebrando varios Sínodos, como lo hizo luego en Pavia; tuvo también por amigos á Bernardo, obispo de Hildesheim, á Abbo, abad de Fleury, y á Notker, que lo era de Luceia. Este Pontífice, que hablaba con facilidad y elegancia tres idiomas, fué incansable en el cumplimiento de sus deberes, pero le arrebató la muerte el 18 de Febrero de 999, á la temprana edad de veintisiete años.

OBRAS DE CONSULTA SOBRE LOS NÚMEROS 39 Y 40.

Mansi, XIX. 109 y sig. Watter. I p. 67 y sig. 683 y sig. Vita S. Adalb. Prag. Mabill., Ann. O. S. B. Sæc. V p. 100. Thietmar. Chron. IV. 18. Annal. Quædlinb. a. 996. Vita S. Nili jun. ed. Rom. 1624. Acta SS. Sept. t. VII. Migne, PP. lat. t. 137. Phillips, K.-R. III p. 123. Höfler, I p. 97. 127 y sig. 130 y sig. Neander, II p. 230 y sig. Papencordt. p. 183 y sig. Reumont, II p. 301 y sig. Mansi, XIX. 218 y sig. 223 y sig. Pertz, V. 694. Jaffé, p. 342 y sig. Helgald. Horiac. mon. Vita Rob. c. 17 (Bouquet, X. 107). Höfler. I p. 125. 169 y sig. Héfele, IV p. 618 y sig. 622 (p. 648-653. 2.ª ed.).

Silvestre II.

41. Sucedióle el ya citado Gerberto, el hombre más sabio de su tiempo, y primer francés que ocupó el trono pontificio. Nacido en muy modesta familia, recibió su primera educación en las escuelas de los monasterios, siendo sus principales maestros el abad Geraldo y el escolástico Raimundo, visitó luego las más célebres academias de la época y, después de recorrer diferentes países, en particular España, donde aprendió las matemáticas y la astronomía, en que habían hecho tan notables progresos los árabes; ejerció el magisterio en la escuela capitular de Reims, hasta el año 982 en que Oton II le nombró abad de Bobbio, cargo que renunció para dedicarse de nuevo á la enseñanza en Reims. Cuando, en virtud de sentencia pontificia, se vió precisado á renunciar la Silla arzobispal de esta ciudad, se entregó de nuevo al cultivo de las ciencias, en las que hizo notabilísimos adelantos; fué preceptor de Oton III hasta su exaltación á la Silla de Ravena, á la que Gregorio V agregó el gobierno del exarcado y el del condado de Commachio. Gracias á la recomendación del Emperador fué elegido sin obstáculo de ninguna clase, y el 2 de Abril del año 999, tomó posesión de la dignidad más alta de la cristiandad, adoptando el nombre de Silvestre II. Gobernó la Iglesia del 999 al 1003.

El nuevo Pontífice se entregó de lleno al cumplimiento de su elevada misión, encontrando un poderoso auxiliar en el joven emperador Oton III, que ya maduraba entonces vastísimos planes, pero que no hizo más que debilitar la autoridad imperial, al pretender elevarla á una altura inase-

quible. Italia era la residencia favorita del monarca, que daba casi siempre á los italianos la preferencia sobre los alemanes, y hasta abrigó el propósito de fijar su residencia en Roma. Pero los Obispos alemanes, atentos á proteger los intereses de su país, le hicieron abandonar este proyecto, en el que sin duda no persistió, después de las pruebas de ingratitud que le dieron los romanos. Entretanto suscitáronse en Alemania diferentes cuestiones de competencia, entre las que merece particular mención una que sostuvieron los prelados Willigis de Maguncia y Bernardo de Hildesheim, tocante á la jurisdicción sobre el monasterio de Gandersheim, que si bien fué adjudicada al último en este Pontificado, no fué renunciada definitivamente por el primero hasta el año 1007. El rey Roberto, cediendo á las exhortaciones del abad Abbo de Fleury († 1004), se sometió á las órdenes del Pontífice, separándose de Berta el año 1000, desde cuya fecha hasta su muerte, ocurrida en 1031, observó una vida ejemplar.

El papa Silvestre II no se dió punto de reposo en su campaña contra la simonía y la vida inmoral de algunos presbiteros; promovió con gran entusiasmo la idea de las Cruzadas, pero la prematura muerte de su discípulo Oton III, acaecida el 23 de Enero del año 1002, echó por tierra muchos de sus planes, ya que tan inesperado suceso ocasionó grandes trastornos en Italia y Alemania. El mismo Pontífice no sobrevivió mucho tiempo al Emperador, puesto que murió el 12 de Mayo del año siguiente 1003. Con un pontificado más largo y tiempos más bonancibles, es seguro que se hubiera dejado sentir de una manera visible su influencia en el progreso de las ciencias, en las que poseía conocimientos tan notables, y tan superiores á lo que podía esperarse de su época, que muchos le tuvieron por brujo ó hechicero.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 41.

Sylvestri II vita et epp. Mansi, XIX. 240 y sig. Watter. I. 693-698. Siegb. Gembl. Chron. a. 998. Hoek, Sylvester II. u. s. Jahrh. Wien 1837. Büdinger, Ueber Gerberts wissenschaftl. und polit. Stellung. Kassel 1851. Olleris, Oeuvres de Gerbert y Vie de Gerbert. Par. 1867. Atribúyese á Silvestre II la siguiente frase, dicha en tono de broma: Scandit ab R. Gerbertus in R. post Papa viget R. (Reims, Ravena, Roma). Sobre Oton véase Giesebrecht, II p. 10. Papencordt, p. 186 y sig. Reumont, II p. 309 y sig. Thanemar. Vita Bernwardi Portz, V. 765-775. Annal. Hildes. ib. I. 92 y sig. Héfele, IV p. 626-628 (p. 654-659. 2.ª ed.). Helgald. I. c. Mabill., Ann. O. S. B. L. c. 14. Höfler, I p. 184. Sylvestri ep. 28 ex persona Hieros. Murat., Scr. III. 400. Parece ser que el diploma que se atribuye á Oton III, por el que se ceden al Pontífice los ocho condados de Pisaurum, Fanum, Senogallia, Aneona, Fossombrone, Callium, Esium y Ausinum, algunos de los cuales pertenecieron ya ántes al patrimonio de la Iglesia (Pertz, IV. 6 p. 162. Watter. I p. 666 y sig.), se guardaba en el archivo de Asís, de cuyo original mandó el Papa